

CAPITULO VIII.

Sizhá.—Loche.—Gravedad del cacique de Loche.—Regreso á Salamanca de Xelhá.—Tránsito por Chichén-Itzá.—Se bautiza á los españoles con el apodo de *comilones de anona*.—Arribo de una carabela de Santo Domingo.—Nuevo plan del adelantado, para explorar la costa oriental de Yucatán.—D. Francisco de Montejo se da á la vela, rumbo al Sur, y Alonso Dávila sale por tierra.—Llegada á Chetemal.—Dávila se interna treinta leguas tierra adentro.—Estratagema de los mayas.—Retrocede Dávila á Salamanca de Xelhá, y traslada la población á Xamanhá.—D. Francisco de Montejo continúa la exploración de la costa.—Llega al río de Ulúa.—Da la vuelta y vuelve á Cozumel.—Allí sabe que vive Dávila, y va á juntarse con él en Salamanca de Xamanhá.

Aprovechó Montejo esta cesación de hostilidades para continuar su propósito de reconocer el interior del país. Sin tardanza, partió con toda su gente é indios cargadores al pueblo de Sizhá, cuatro leguas distante de Aké, y luego, sin detenerse, alcanzó una población de mayor importancia denominada Loche. Llamábales en grande manera la atención no haber hallado río ni riachuelo, ni agua alguna corriente que les proveyese de agua potable, y que en ocasiones les pudiese servir de vía más rápida de comunicación.

En Loche se presentó un espectáculo que no dejó de excitar la hilaridad y burla festiva de algunos soldados de buen humor, y del mismo Montejo: en el trato que recibieron ni había hostilidad ni halago, sino la más seria cir-

cunspección. El cacique se daba las ínfulas de gran potentado, no salía de su aposento, y reclinado en su camilla recibía á sus huéspedes. En esta postura recibió también á Montejo, recatándose en sumo grado de largas conversaciones. Oyó impasible las saluciones del jefe español, y apenas se dignó contestar una que otra palabra, y esto con gran solemnidad y ceremonia. Desde el instante en que mostró que iba á pronunciar la primera palabra, sus oficiales dejaron caer junto á él una cortina de manta blanca de algodón que lo velaba á la vista de los circunstantes y á través de la cual se escucharon sus palabras, tan parcas como precisas. No quiso decir más, y sus cortesanos quedaron encargados de contestar á todas las demás cuestiones del adelantado. Por lo demás, ni éste ni su ejército fueron objeto de la menor muestra de atención especial; diéronle apenas los socorros necesarios, de manera que poca gana les quedó de permanecer en lugar tan poco hospitalario. Celebraban los españoles, con chungas y chistes, la ceremoniosa y afectada compostura del cacique de Loche, al cual, por burla, bautizaron con el nombre de «el pueblo de la gravedad».

De Loche, se propusieron volver á su punto de partida, á Salamanca de Xelhá, y para esto se internaron hacia el Sur hasta el pueblo de Chichén-Itzá que visitaron por primera vez, y en donde les dieron el apodo de *mak-opob*, (*comilones de anona*). Sucedió que en esta ciudad vieron un árbol con un fruto grande, redondo, de corteza amarillenta, lisa y brillante: su vista les fué agradable, y, encontrando que estaba provista de una pulpa blan-

da, dulce y grata al paladar, la comieron con avidez, con gran asombro de los mayas que nunca comían de esta fruta, antes la consideraban dañosa, en extremo cálida y causa de enfermedades del estómago y de los intestinos. La sorpresa que les causó ver que los españoles la comiesen con apetito fué motivo para que les diesen aquel sobrenombre con que familiarmente, y á guisa de burla, los nombraban en los primeros tiempos.

La ciudad de Chichén-Itzá llamóles sobremañera la atención, por las ruinas de los grandes edificios restos de su antigua grandeza, como metrópoli de los itzaes.¹ Junto á las ruinas había un

¹ «Ocho leguas desta villa están unos edificios llamados chichiniza en los cuales ay un cu hecho á mano de cantería y albañería y en este edificio ay en el mayor edificio noventa y tantos escalones escalera toda á la redonda hasta subir á la cumbre dél, será de altor cada escalón poco más de una tercia, ensima está una manera de torre con sus piezas, este cu cae entre dos cenotes de agua muy hondables, el uno dellos llamaban el cenote del sacrificio, llamóse chichiniza á imitación que un indio que al pie del cenote del sacrificio bibía, se llamaba Alquin Itzá, en este cenote los señores y principales de todas estas provincias de Valladolid tenían por costumbre abiendo ayunado sesenta días sin alzar los ojos en este tiempo aun á mirar á sus mujeres ni aquellos que les llevaban de comer y esto hazían para llegándose á la boca de aquel cenote arrojar dentro al romper del alba algunas indias de cada un señor de aquellos á las quales les abían dicho pidiesen buen año ó todas aquellas cosas que á ellos les parecía y assí arrojadas estas indias sin yr atadas sino como arrojadas á despeñar cayan en el agua dando gran golpe en ella y al punto del medio día, la que abía de salir de ba grandes boses le echasen una sogá para que la sacasen y subida arriba medio muerta le hasían grandes fuegos á la redonda sahumándola con copal y bolviendo en sí desía que abaxo abía muchas de su nación así onbres como mugeres que la recojían y que alzando la cabeza á mirar á alguno destes le daban grandes pescosones para que estuviese inclinada la cabeza abaxo lo qual hera todo dentro del agua en la qual se figuraba muchas socarreñas y agujeros y respondíanle si temían buen año ó malo según las preguntas que la india hasía, y si el demonio estaba enojado con alguno de los señores de los que echavan las indias, ya sabían que no pidiendo la sacasen al punto de medio día hera questava con ellos enojado, y esta tal no salía mas que parece es esto figura de lo que acaecía en la eucha de Salamanca entonces visto

pueblo de indios gobernado por Nacón Cupul; pero, decididos como estaban á juntarse con sus compañeros, cuya situación ignoraban, pasaron de prisa por Chichén-Itzá, y, torciendo hacia el oriente, tomaron directamente el rumbo de Xelhá. Atravesaron el cacicazgo de los Cupules y encontraron la tierra bien poblada, llana, en partes fragosa, en partes cubierta de peñas. Había también elevados y sombríos bosques, y, ora por los pedregales, ora por las llanadas, por vericuetos y sendas, visitando poblaciones ó evitando entrar en ellas, conforme les convenía, al fin llegaron á Salamanca, en ocasión muy propicia, pues de todos los españoles de la guarnición sólo sobrevivían diez y ocho, y éstos en situación por extremo lastimosa. Macilentos, flacos, extenuados, más semejaban fantasmas que soldados: fuera de las enfermedades con que habían tenido que luchar, habían padecido escasez de alimentos y de agua potable. Obligados á mantener el puesto que se les había confiado, y sin poder internarse, por su pequeño número, en busca de alimentos, tuvieron que limitarse al maíz y pescado que bondadosamente les suministraban los habitantes de Xelhá.

Por esto la llegada de Montejo fué señal de júbilo, por más que también los recién llegados tuviesen que lamentar sensibles pérdidas: estaban reducidos á setenta hombres que con increíble bizarría habían cruzado por país enemigo enteramente desconocido, y sin más guías que los que ocasionalmente podían alcanzar: á veces no habían tenido

que no salía todos aquellos de aquel señor y él mismo arrojaban grandes piedras dentro del agua y con grande alarido echavan á huir de allí.» *Relación de la villa de Valladolid á S. M.*

otra dirección que la de los astros para salir con éxito de aquellos intrincados campos.

Subió de grado el regocijo con un suceso inesperado y que tuvo una influencia importante en la suerte de la expedición. Se recordará que, al pasar por Santo Domingo, hubo necesidad de hacer bajar á tierra á los enfermos, y que, por ser su número no pequeño, fué preciso que uno de los buques los esperase, para que, restablecidos en su salud, los condujese á Yucatán.

Con arreglo á las instrucciones de Montejo, este buque se dió á la vela, de Santo Domingo, para Cozumel, é informado el piloto del paraje de la costa de Yucatán donde podía encontrar á los expedicionarios, se dirigió allí sin demora, y llegó al puerto de Salamanca pocos días después de la entrada de Montejo. La carabela trajo un gran refresco de víveres y municiones de guerra, y, lo que es más notable, un refresco de hombres sanos y vigorosos que podían reanimar el abatido espíritu de los que habían probado las penalidades de todo genero. No cabía mayor oportunidad en la llegada de esta carabela, pues de haberse retardado en Santo Domingo, la condición de los ochenta y ocho españoles aislados en Salamanca, se hubiera vuelto desesperada. Carecían de buques, pues de ellos dos fueron varados por orden de Montejo y destruidos por el embate de las olas; el que se había despachado para Nueva-España se perdió en una tormenta cerca de Veracruz;¹ y así no les quedaba otra tabla de

¹ Carta á Su Majestad, del adelantado Francisco de Montejo, de 13 de Abril de 1529, en la Colección de documentos inéditos del archivo de Indias, tomo 13, pág. 87.

salvación sino el esperado buque de Santo Domingo.

La llegada de esta carabela fué un rayo de esperanza para Montejo, que se veía en apurada dificultad para salir con éxito de la situación. Concibió inmediatamente un nuevo plan, y fué que él mismo se embarcase con diez hombres de desembarco en la carabela; que D. Alonso de Luján permaneciese en Salamanca con veintidos hombres y suficiente número de carpinteros de ribera que rápidamente construyesen un bergantin, con el cual fuesen á juntarse con él todos, siguiendo la misma ruta; y que Alonso Dávila, con todo el resto de la fuerza, fuese costeando por tierra hasta reunirse en un punto dado con Montejo. El fin que éste se proponía era explorar la costa y poblaciones inmediatas, y hallar un puerto seguro y cómodo dónde trasladar la poblacion de Salamanca. El plan fué puesto en ejecución, y, en un mismo día, Dávila se internó por tierra, rumbo al sur, y el adelantado levó anclas con dirección á la bahía de Chetemal.

Al cabo de algunos días de navegación, tropezó con los cayos, islas é islotes que dificultan la entrada de la bahía. Con el ánimo alerta, con extremadas precauciones para no encallar entre la hilera de arrecifes de coral, entró en la bahía, y, siguiendo costa á costa el lado sudoeste, llegaron frente á la boca de un río llamado *Jul-uinic*, y, siguiendo su exploración, una tarde descubrieron á lo lejos, en la vecina playa, un conjunto de cabañas negras, parduzcas, ó blanquecinas, con techos de paja, rodeadas de extensos maizales cuyas verdes hojas agitaba la brisa del mar. Era esto induda-

blemente, señal de la existencia de un gran pueblo; pero Montejo no quiso acercarse á él de día, y prefirió amainar velas y esperar la entrada de la noche. Su espera no había de ser muy larga, pues era la hora de la puesta del sol, y, cuando éste se había ya ocultado en el horizonte, prosiguió su camino, de modo que en la prima noche ancló frente á la población desconocida que desde lejos había divisado.

Echó un bote á la mar, tripulado por varios soldados y marineros, con orden de bajar á la playa é investigar las condiciones del lugar. Sus órdenes fueron intrépidamente cumplidas: los soldados, al favor de la noche, desembarcaron sin ningún obstáculo, y, encontrando tres indios que paseaban por la playa, cayeron sobre ellos intempestivamente, los aprisionaron, y, por fuerza, los condujeron á bordo de la carabela, para presentarlos á Montejo.

En presencia del Adelantado, los tres mayas andaban entre la esperanza y el temor, pensando en qué iría á terminar su cautiverio. El jefe español no tardó en infundirles confianza con su trato amigable y dulce. Tal vez él mismo había dado órdenes de cautivarlos y traérselos para tomar informes de la tierra y de su lugarteniente Dávila, que, á su parecer, debía de estar no lejos de allí. Los halagó, y entró con ellos en larga conversación, inquiriendo detalladamente todo lo que podía convenirle para orientarse.

Los candorosos mayas no se mostraron hurafios ni reservados, sino que, platicando con franqueza, le contaron que en aquella provincia, y, sirviendo á su cacique, vivía domiciliado, con casa y

familia, un hombre blanco como los de la carabela, pero ya bien distinto de ellos, como que, al uso maya, llevaba pintado el rostro, sajudas las orejas y harpada la lengua. Se había casado con una mujer maya, de la cual tenía hijos y era maestro en el idioma de Yucatán.

De seguro era este individuo aquel Gonzalo Guerrero, originario del condado de Niebla, compañero de naufragio de Jerónimo de Aguilar, y que, encariñado con su familia maya, había rehusado abandonarla para acompañar á Cortés. Montejo debía saber su historia; mas todavía quiso hacer nuevo ensayo para tentarle á juntarse con él. No era difícil que los recuerdos de la patria y del paisanaje despertasen en su alma impresiones olvidadas que le impulsasen enérgicamente á agregarse á la hueste española: cosa en verdad utilísima á Montejo para sus fines, pues que Guerrero sabía la lengua, conocía las costumbres de los mayas, su manera de guerrear, y, con su auxilio, habría de ser más fácil vencerlos y someterlos al yugo de Castilla. Con este propósito, Montejo escribió á Gonzalo Guerrero una carta amable y amistosa, en que, á vueltas de recordarle su carácter de cristiano y calidad de español, y de presentar á su consideración el gran bien que haría ayudando á la conversión de aquellas gentes al cristianismo, le hacía pomposas ofertas de grandes premios y seguro galardón, si iba á acompañarle en su empresa.

Entregó la carta á los indios, y, dándoles libertad, les encargó que la llevasen á Guerrero y cuidasen de entregársela en propia mano, pidiéndole respuesta. Esta no se hizo esperar mucho: al día

siguiente, uno de los indios volvió trayendo la carta que había llevado, y, al respaldo, escrita con carbón la contestación de Guerrero, concebida en estos términos: «Señor, yo beso las manos de vuestra merced: é como soy esclavo, no tengo libertad, aunque soy casado, é tengo mujer é hijos, é yo me acuerdo de Dios; é vos, Señor, é los españoles, tenéis buen amigo en mí.»¹

Montejo no se sintió descorazonado del mal éxito de su tentativa: se lisonjeaba, al menos, de que la amistad prometida de Guerrero, suavizaría todo espíritu de hostilidad. Se confirmó en sus esperanzas, viendo cuán afables se mostraban los mayas, que, con mañosa sagacidad, se propusieron librarse de los españoles, por medio de una especiosa estratagema que engañase tanto á Montejo como á Dávila.

No obstante que fortificaban su pueblo con fosos y trincheras, ni la más leve hostilidad hicieron á Montejo; al contrario, le suministraban bastimento fresco de maíz, gallinas y agua potable. Los indios subían á bordo de la carabela, y los españoles bajaban á tierra sin la menor incomodidad; y, en tanto que Montejo esperaba la llegada de Dávila, españoles é indios andaban en perfecta paz y armonía, en relaciones frecuentes y estrechas. En el anhelo de tener noticias de sus compañeros empeñados en la exploración por tierra, Montejo investigaba sin cesar, preguntaba, é inquiría por todos medios. Los indios, bien aleccionados, le persuadieron, hasta dejarlo convencido sin asomo de duda.

¹ Oviedo, op. cit. tomo 3. lib 32. cap. III.

que Dávila y todos sus soldados habían muerto, que era tiempo perdido esperarlos, y que lo más prudente era abandonar el puerto de Che-temal.

Por su lado, Alonso Dávila, en vez de seguir la costa, como era la instrucción que llevaba, se apartó de ella, bien fuese por las ciénagas que le obstruían el paso, ó por la carencia de recursos alimenticios en aquel arenoso desierto de la playa oriental. Se internó treinta leguas tierra adentro, y, pugnando luego por reconocer de nuevo la costa, vino á dar también á los dominios del cacique de Chetemal, aunque sin llegar á su capital, situada tres leguas al Sur del río Noh-ukum¹, en donde el Adelantado lo esperaba.

Todo le había sido embarazoso en el trayecto: la tierra, si bien en algunas partes llana y sin arboleda, en otras era un bosque cerrado é impracticable; los llanos estaban sembrados de prolongadas ciénagas, extensos anegadizos, y verdaderas lagunas, que era necesario rodear, por falta de embarcaciones con qué cruzarlos; y, en estas operaciones largas y enojosas, gastaba el intrépido Dávila su tiempo, aunque no sus alientos invencibles. Fué para él no poco alivio alcanzar las poblaciones del cacicazgo de Chetemal y ser bien acogido por los naturales, listos á usar con él de la misma falacia empleada con Montejo. Le dieron abrigo, hospedaje y mantenimientos; pero le entristecieron con informes desconsoladores de sus compañeros de armas: que todos habían perecido ó ahogados en la mar.

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo 2º, pág. 189.

ó estrellados en los rompientes de que está plagada la entrada de la bahía de Chetemal.

El ardid surtió su efecto á pedir de boca: Dávila, contristado, desorientado, no vió mejor diligencia que retroceder, y ganar, cuanto antes, á Salamanca de Xelhá, de donde acaso no hubiese salido aún D. Alonso de Luján, que, como recordarán nuestros lectores, se había quedado allí, con órdenes de construir un bergantin, embarcarse en él con el resto de la gente, y alcanzar á Montejo, que se había adelantado.

Sin retardo volvió Dávila, por el mismo camino que ya le era conocido, y alcanzó á Xelhá en breves días. Suponiendo muerto al jefe principal, recayó en él la suprema autoridad de la colonia, y, comprendiendo que si se dejaba la población en las cercanías de Xelhá era seguro que todos habían de perecer de la maligna fiebre, decidió inmediatamente trasladarla á otro lugar más sano. Trasladó el pueblo de Salamanca á Xamanhá, punto de la costa que ya le era conocido como salubre, y en la vecindad de buenos amigos, pues allí habían encontrado á Naum Pat, cuando en la mayor miseria y abatimiento salieron de Polé, en su exploración de la costa nordeste. Allí se estableció con toda la gente, bagajes, caballos y avíos, entre tanto determinaba lo que haría en definitiva: si continuar la conquista, ó abandonarla. Colocado en un puerto cercano al cabo Catoche, entre Moc-hi y Cozumel, podía aprovechar las buenas relaciones de los caciques de estas poblaciones amigas, y, en un evento no remoto, recibir noticias de la Habana, ó de Nueva-España, por algún buque que á Salamanca recalase.

Durante este tiempo, el Adelantado, transido de pena y de dolor, abandonaba la bahía de Chetemal para seguir costeando hacia el Sur, con su propósito de encontrar un puerto seguro dónde fundar la colonia. Llevaba en su compañía á D. Alonso de Luján, que, en cumplimiento de sus instrucciones, le había alcanzado con el bergantin recientemente construído. Siguiendo rumbo al Sur, fué cruzando una serie no interrumpida de islotes, arrecifes y cayos por un lado, y por el otro, la tierra firme, cuya costa baja y pantanosa estaba cubierta de una vegetación exuberante. Había lagunas, ríos, arroyos; y los cayos é islotes de las cercanías estaban cubiertos de manglares verdes y frondosos.

Persiguiéronle los trabajos, las tormentas, y apenas se puede comprender cómo dejó de zozobrar en aquel pedazo de mar guarnecido por una hilera de arrecifes que desde la bahía de Chetemal se prolongaba hasta la entrada del Golfo Dulce. A fuerza de vigilancia esmerada, de paciente y activo sondeo, pudo llegar hasta el río de Ulúa, límite entonces de Yucatán. De aquí retrocedió y fué á visitar á sus amigos de Cozumel, ganoso de tomar algún descanso. Buena inspiración le llevó á la morada de Naum Pat: el noble cacique, siempre leal y firme en su amistad, le recibió en su casa, le trató con el agrado de costumbre, y le dió el mayor consuelo que pudiera apetecer en aquellas circunstancias: dióle gratas nuevas de sus compañeros de armas, que creía muertos y sepultados en los bosques ó pantanos de la península.

Ya se puede imaginar la alegría que causó noticia tan fausta como inesperada: más que de prisa

se dieron á la vela para Salamanca de Xamanhá. Allí se olvidaron trabajos y penalidades, se volvieron á ver los que recíprocamente se creían ya almas del otro mundo, y á aquellos aguerridos soldados de tostado rostro, de alma imperturbable, á quienes era natural y sencillo el más completo desprecio de la vida, se les vió abrazarse y llorar como tiernas mujercillas.¹

CAPITULO IX

Viaje de Montejo á Nueva España.—Encarga á Dávila que se quede en Salamanca de Xamanhá mientras vuelve.—Entrevista con Hernan Cortés en México.—Cambio de plan para la conquista de Yucatán.—Resuelve esperar la llegada de los oidores y del presidente de la primera audiencia de Nueva España.—Conferencias con Nuño de Guzmán.—La audiencia nombra á Montejo alcalde mayor de la provincia de Tabasco.—Levanta una nueva expedición, de la cual forman parte D. Francisco de Montejo, el mozo, y Don Francisco de Montejo, el sobrino.—Salida de la expedición al mando de D. Francisco de Montejo, el mozo.—Llega á Nuestra Señora de la Victoria.—D. Francisco de Montejo, el viejo, permanece en Veracruz hasta Abril de 1529.—Va por tierra con la caballería á reunirse con su hijo en Nuestra Señora de la Victoria.—Envía dos navíos á Salamanca de Xamanhá, á recoger á Alonso Dávila y á toda su gente.—Llegada de Alonso Dávila á Tabasco.—Residencia de Baltazar Osorio, ex-alcalde de Tabasco, y pacificación de esta provincia.—Sojuzgamiento del territorio de Cimatlán.—Se resuelve emprender de nuevo la conquista de Yucatán.—Encuentro del adelantado con D. Juan Enriquez de Guzmán en Teapa.—Alonso Dávila, encargado de la expedición, recibe instrucciones de entrar á la provincia de Acalán por la frontera de Chiapas.—Emprende su marcha, y llega á la ciudad de Chiapas.

Con el cansancio de tamañas fatigas, justo era darse algún reposo, y se lo tomaron de breves días Montejo y su hueste, aunque sin perder de vista el acariciado proyecto de pasar el asiento de Salamanca á un lugar que, á más de ser puerto abrigado y cómodo, fuese feraz y salubre. El asiento de Xamanhá, aunque mejorando en mucho al de Xelhá, todavía no era del agrado de Montejo: distaba mucho de ser un puerto: en costa completamente abierta, estaba batido por las corrientes del canal de

¹ Fernández de Oviedo, op. cit. tomo III, pág. 234.